

El «eskalapineilia» de Valcarlos

VISITA A UN ARTESANO

A lo largo del dilatado barranco que, desde el alto de Ibañeta, se estira en dirección a San Juan de Pie de Puerto, se levanta el caserío de Valcarlos. Inmerso en plena zona montañosa del Pirineo, entre montes como Changoa, Astobizcar, Bentarteá, Mendi-chipi, Lepoeder e Ibañeta, así como el Lindux, Ortanzurieta y Guirizu, que rebasan los mil metros.

Desde el ya remoto siglo VIII, las tierras de Valcarlos han ocupado lugar destacado en las gestas de carácter bélico, ya que a los agrestes desfiladeros de Luzaide se les considera como probable escenario de la derrota carolingia.

Luzaide ha sido el primitivo nombre de Valcarlos, y como Luzaide es conocido todavía por los nativos, de manera especial cuando éstos se expresan en su vernácula lengua.

La fundación de Luzaide o Valcarlos guarda estrecho nexo con el camino de Santiago. El pasado de Valcarlos se nos identifica con la ruta compostelana, con sus ermitas, albergues y hospitales. Y asimismo con los salteadores y bandidos.

«Fueron catorce casas al principio; y antes sólo tres», nos dice José María Satrústegui, quien tiene varios e interesantes trabajos dedicados a esta villa de Valcarlos. Y a este etnólogo navarro podemos leer que las tierras hoy ocupadas por los valcarlinos fueron donadas, en 1110, por Fortún Sanz de Yárnoz y su esposa Ermisenda, al Monasterio de Leyre.

Valcarlos, al igual que otros muchos pueblos de parecidas características, ha pagado caro tributo a la condición de villa fronteriza. En su historia ha sufrido varios e intencionados incendios, más o menos importantes.

Aunque hoy se nos presenta como villa independiente, en lo civil ha dependido del Ayuntamiento de Erro.

La parroquia de Luzaide, otrora aparece ligada al obispado de Bayona. La primitiva iglesia estuvo dedicada a San Juan Bautista, y la actual se halla bajo la advocación de Santiago. Este templo se nos descubre como bien atendido. Se encuentra muy limpio. Quizá demasiado acicalado. En él echa-

mos de menos el ambiente ahumado y la lúgubre luz de la cerilla y el hachón. En el cuerpo central, y en lugar preferente del retablo, vemos al Apóstol, que monta encabritado caballo. Y entre las patas de este corcel contemplamos al moro en postura bastante comprometida.

Hemos indicado que Luzaide es villa fronteriza. Mas dentro de este su emplazamiento, en nuestros días con harta frecuencia propicio para incidir en un cosmopolitismo carente de alma, Valcarlos procura, y podemos afirmar que con éxito, conservar sus características propias y diferenciales. El pueblo de las antiguas «karrosas» satíricas pantomimas sobre algún concreto sucedido local, muy bien descritas por José María Iribarren, mantienen a envidiable altura su grupo de «dantzaris». A estos «dantzaris» que, con su atuendo vistoso y peculiar, llegan a ser conocidos y admirados muy lejos de los límites de la villa.

Valcarlos tiene un censo de setecientos cincuenta habitantes. En su casco urbano, llamado de Elizaldea, se encuentran el frecuentado frontón, abierto, la ya mentada iglesia parroquial y el Ayuntamiento. En nuestra visita a esta Casa Concejil tuvimos el gusto de saludar al señor Tirapu, secretario municipal. Este administrativo es de graciosa y fácil conversación. Es un simpático ribereño que nos hace atinadas observaciones acerca de la villa.

Luzaide cuenta asimismo con cuatro barrios. El de Gañekoleta lo forman diez casas, diecinueve tiene el de Gaindola, dieciocho el de Azoleta y doce el de Pekotxeta. Dentro de este barrio de Pekotxeta está comprendido el barrio o zona de Ventas.

Para ir a Ventas cruzamos el centro de la villa, y a unos tres kilómetros nos internamos a través de un angosto camino carretil, que en cuestión de contados metros se sustrae al ajetreo de la cercana aduana.

Esta barriada se reduce a unas siete casas, y en el bajo de cada una de ellas vemos al comercio de signo fronterizo.

Una de las casas de Ventas, la de «Aguirre-nea», hoy muy remozada, cuenta con su pequeña e íntima historia. En «Aguirre-nea» dio a luz un niño la princesa doña Josefa Fernandada de Borbón y Borbón, casada con don José Güell y Renté. Era hija del Infante don Francisco de Paula y de la Infanta doña Luisa Carlota, y hermana de don Francisco de Asís, esposo de Isabel II.

Otras de las casas de este barrio son las de «Iturburu-Igoa» y de «Iturburu-Pedro José».

«Iturburu-Pedro José» es una pequeña casa, que se levanta a la vera del camino. Aquí vive el matrimonio Auzquí. El, Pedro José, hasta hace contados años se ha dedicado a la artesanía del yugo, rastrillos y «eskala-

EL «ESKALAPINEILIA» DE VALCARLOS

pinos» o zuecos de madera, mientras su mujer atendía al pequeño comercio mixto.

Pedro José Auzquí es un setentón, pálido y enjuto, que al desboinarse descubre su blanca y pelada cabeza. Es un atento valcarlino que, solícito, se desvive en atendernos y hacer grata nuestra visita.

Su herramienta de trabajo, de la cual hoy todavía hace uso de tarde en tarde, vemos que la conserva cuidada y en orden.

El yugo lo hacía con las maderas de abedúl y nogal. El «uztarri» hecho por este artesano, aunque cornal, difiere del que vemos en Guipúzcoa.

El yugo —«buztarria»— de Valcarlos no lleva ninguno de los dos agujeros circulares —«erezulok»—, en los que se sujeta la coyunda, «erea» o «ede», llamada en este pueblo navarro «ubala». La coyunda de este «buztarria» se ajusta en cuatro «ubaltokiak», sacadas de las orejas o «belarriak». Dos, con hendidura en la madera, van a ambos lados del orificio central, llamado en nuestro Beterri «kurteriantzako zuloa», y en Luzaide, «udiria», y otros dos iguales, lleva en los extremos del yugo.

El «udiria» o agujero central, donde se introduce la lanza del carro, en el yugo hecho por Auzquí es una pieza ferrada, de remate inferior en semicírculo. Va sujeta a la madera por medio de dos tirafondos. El preparado de esta pieza corre a cargo del herrero —«arotza»—.

Este artesano navarro, a las dos gamellas conoce por «kazolak» o «burutokiak». Para conseguir la forma de estos arcos rebajados emplea una plantilla de madera —«moldia»—. Y aquí señalaremos que para el cometido de yugero, Auzquí se sirve de plantillas especiales preparadas para ello.

La herramienta empleada en este trabajo, es la siguiente: azuela —«zeiria»—, dos gubias —«xixel-kopak»—, hacha —«aizkora»—, cuchilla de dos mangos —«marraxa»— y una rústica escuadra de madera.

Para hacer el rastrillo o «arrastelia» ha empleado el jaro o «txara» de avellano. Y, después del calentado al fuego, la parte superior de este jaro, previo atado con un alambre, lo divide, valiéndose de una navaja corriente.

Partida la madera, un brazo mide veinte centímetros y el otro alcanza los treinta. Y para evitar el enderezamiento y la consiguiente pérdida de forma, estos brazos los mantiene separados por medio de una varita, hasta el debido endurecido de la madera. Para tomar las medidas de estos brazos utiliza una rama delgada y limpia.

El mango de este apero de labranza —«giderra»— lo desbasta por medio de un pequeño cepillo de hierro —«marruxketa»—. Las medidas de este «giderra» no son fijas. Pueden ser de un metro sesenta centímetros, como tener veinte centímetros más.

El travesaño —«burukoa»— tiene línea oblicua. Es de madera de castaño y lo prepara por medio de un cepillo corriente de carpintero —«arrabota»—. Los agujeros, donde van los dientes, los consigue con una broca —«metxa»—.

Los dientes del rastrillo son también de avellano. Los trabaja con una «marraza», y para su acabado se sirve de la navaja. La «marraza» es un machete de mango de madera. En un extremo lleva un gancho fijo, que es de la misma pieza que la hoja. Este artesano de Valcarlos tiene asimismo otro machete de dos piezas. En éste, el gancho es independiente de la hoja. Este útil lo manipula en un banco que lleva una argolla, en la cual sujeta la garfía de la citada «marraza».

El travesaño, a cada lado y repartidos por todo lo largo, lleva catorce dientes. Cuatro en la parte que sobresale de su brazo más corto, cinco en el extremo opuesto y otros cinco en el centro.

El artesano Auzqui hace también otro tipo de rastrillo o «arrastelia». El travesaño de este apero es recto, de catorce dientes, todos en el mismo lado. La medida de su mango o «giderra» es de un metro setenta centímetros.

Pedro José Auzqui es conocido como el último «eskalapineilia» de Luzaide o Valcarlos. Y desde luego, reconocemos que este nombre se las trae para un rápido y correcto pronunciado.

El empleo de este calzado de madera ha sido común a muchos pueblos. Siendo esto así, aunque nosotros nos cñamos, en cuanto a nombres y características se refiere, a los zuecos confeccionados por este artesano, no podemos fijar su uso en determinado punto geográfico.

Los «eskalapinak» hechos por Auzqui eran, o son, de dos tipos. Unos se calzaban sobre la alpargata, y llevaban una tira de cuero como empella. La pala de los otros zuecos era de cuero, y se usaban a guisa de único calzado.

Aunque, para hacer el «eskalapin», podía utilizar la madera de abedúl y aliso, así como el nogal, que era más caliente para el pie, el material que, por su mejor resultado, ordinariamente empleaba Auzqui era el castaño fino, procurando que éste fuese poco nudoso.

De un tronco de árbol conseguía secciones de treinta y tres centímetros de largo, y el corte, bien solo o con la ayuda de otro, lo realizaba en casa, por medio de un tronizador —«trenkasega»—.

Cortada la madera, estos zoquetes los dividía, según el diámetro, en dos, tres o cuatro partes. A continuación, para dejar preparada la madera para ser trabajada, la descortezaba y desbastaba con un hacha corriente.



El artesano manipula la "marraza", en el trabajo de hacer el "eskalafin".

(Fotos Juan Garmendia Larrañaga)

José Auzqui, a la puerta de su casa.



EL «ESKALAPINEILIA» DE VALCARLOS

Seguidamente, con una hacha especial, daba a la madera la forma exterior aproximada del calzado. El hacha es de mango muy corto, y de un filo cuya superficie interior es más lisa, para, así, según me dice el artesano, expulsar con facilidad la astilla.

Terminado el cometido del hacha, el artesano tomaba y marcaba las medidas de lo que iban a ser la puntera y el talón. Este marcado iba a tres y dos centímetros de los extremos respectivos, y lo realizaba con una gubia grande —«xixel kopa»—. En estas señales hacía unas ranuras abocardadas, con el objeto de evitar se parta la madera al comienzo del barrenado.

El barreno recibe el nombre de «teatulia», y el barrenado iba ajustado por centímetros, comprendidos éstos entre los catorce y treinta y uno. Los zuecos de catorce centímetros los hacía con destino a los niños, y las medidas más corrientes equivalían a los veintiséis, veintisiete y veintiocho centímetros.

Después del barrenado, por medio de una cuchara de borde afilado —«kuillera»—, el orificio inicial ensanchaba hasta alcanzar la medida deseada.

El artesano, el cometido de la «kuillera» lo iniciaba por el extremo delantero y lo finalizaba trabajando el talón. Puntualizaremos que el empleo de esta cuchara se reducía a la puntera y a la parte posterior, ya citadas.

El vaciado del resto del zueco lo llevaba a cabo por medio de una azuela, de brazos curvilíneos y extremos aguzados, conocido por «zeiria». Esta labor la terminaba con la «arrakia». La suela la preparaba con un útil llamado «xelaria». La diferencia de estas dos herramientas, «zeiria» y «xelaria», estriba en la forma de la terminación del gancho. La primera es barreno de ángulo más cerrado que el otro, que es abierto.

La primera parte del refinado de la puntera y toda la parte exterior la realizaba con la «marraza», y el terminado lo llevaba a cabo con la «marruxketa», útiles descriptos al ocuparnos del rastrillo hecho por este artesano de Luzaide.

Al zueco de veintisiete centímetros de largo correspondían once de ancho; y el de veinticinco tenía diez. El «eskalapin» de veintiún centímetros de largo llevaba siete centímetros y medio de ancho. Medida ésta que se reducía a siete en el calzado de veinte centímetros de largo.

Las medidas del talón las tomaba a ojo, y las de la empella, por medio de un «xiri» o varita de madera.

Estos zuecos llevaban una tira de cuero para sujetar el pie. La suela en su contorno claveteada, y algunas con una tira de goma. En estos «eskalapinek» el artesano cepillaba el centro de la suela hasta evitar rozara con el suelo.

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

El clavo lo compraba usado, y procedía de la herradura del ganado. Iba colocado en plano inclinado.

El zueco llevado como único calzado era un centímetro más corto que el anterior, siendo el ancho el mismo en ambos tipos.

Desde unos tres centímetros de la puntera, estos «eskalapinek» tenían toda la empella cubierta de cuero curtido de vaca, que el artesano lo adquiría del zapatero —«zapatain»—.

El cuero, una vez colocado, en su boca llevaba una doblez, como refuerzo, y lo contorneaba con una chapa sujeta por tachuelas doradas.

La suela de este zueco iba asimismo claveteada y aislada del piso.

Hasta hace unos veinticinco años el «eskalapin» era de uso corriente en Valcarlos. Por ello, además de Auzqui, había más de un artesano que se dedicaba a confeccionar este rústico calzado. Asimismo en el vecino Arneguy había varios que hacían el «eskalapin». Hoy, ya hemos señalado que Pedro José Auzqui ha sido el último «eskalapineilia» de Valcarlos. Con él desaparece esta artesanía del viejo Luzaide.

Juan GARMENDIA LARRAÑAGA